

Se puede ir al fin del mundo sin salir de una habitación

written by Redaccion | 05/04/2020

Por Cristián Ferreira

Stat crux, dum volvitur orbis [\[1\]](#).

Hace algunos días, la Iglesia, siguiendo el calendario litúrgico del *vetus ordo*, celebraba el día en que nacía a la vida eterna uno de los santos más influyentes para la civilización occidental: San Benito de Nursia.

La figura del *Patriarca de los monjes de Occidente* pasó casi desapercibida en su onomástico. Evidentemente, la temática del Coronavirus ha eclipsado muchos asuntos importantes, incluso aquellos en los que el cristiano piadoso suele -o debería- tener presente habitualmente.

Sin embargo durante el pasado 21 de marzo celebramos la memoria del fundador de la Orden benedictina y, además de encomendarle toda la situación por la que hoy pasa el mundo, algunos releímos su vida y pudimos *rumiar* algunas partes de "La Regla". También nos dimos tiempo para ver un documental de los hijos de San Benito de la Abadía de Sainte-Madeleine du Barroux, en Francia. Y aquí viene lo interesante...

En este video documental de *Veilleurs dans la Nuit* [\[2\]](#) -recomendable para ver en estos días de Cuaresma en cuarentena-, se muestra con detalle el sentido de la vida monástica y lo trascendente de cada momento diario dentro del monasterio. El sólo verlo edifica el corazón del cristiano, y también nos lleva a una reflexión de la que podemos sacar algunas conclusiones en este contexto de la cuarentena.

Creyéndolo oportuno, sería provechoso compartir algo de lo reflexionado, partiendo por poner en relieve tres

características que describen buena parte del escenario social actual en casi todo el mundo:

1. Hay cierta clausura: estamos parcialmente retirados de mundo, obligatoriamente.
2. Hay cierta serenidad: la agitación, el frenesí de la vida inquieta de muchas personas ha menguado, transitoriamente.
3. Hay cierto silencio: una sensación de soledad hay en las calles y avenidas vacías, y el ruido de las urbes está ausente.

Atendiendo a cada característica podemos percatarnos que, hasta cierto punto y salvando las distancias, las circunstancias del escenario social actual nos ponen, al mismo tiempo, en circunstancias de un “escenario monacal” que podríamos vivir en lo particular.

“Para, para, para... ¿eso significa que tenemos que hacer vida de monje en cuarentena?”. No precisamente. Lo que queremos señalar es que exteriormente tenemos un ambiente que *hoy* nos favorece para llevar mejor *lo interior*, la oración personal, la lectura y, para el que le gusta, la escritura.

En pocas palabras debemos reconocer que disponemos de tiempo, recogimiento, quietud, silencio. Si el tan llevado y traído coronavirus nos tiene desenfocados **deberíamos caer en la cuenta de que estamos en Cuaresma antes que en cuarentena**. Y es justamente esto lo que intentamos enfatizar para sacar provecho de estos días de aislamiento obligatorio.

Estamos próximos a Semana Santa y no cabe duda que transitamos una Cuaresma peculiar, que presenta también algunas dificultades al estar cerrados los templos, tener a los sacerdotes brindando su asistencia espiritual con restricciones y consecuentemente no nos es posible acudir a los canales de la gracia como habitualmente lo hacemos. De igual modo nos encontramos con otros obstáculos para la vida

espiritual puertas adentro, pues el mundo y el ruido también se hacen presentes en la propia casa.

No obstante las limitaciones evidentes, insistimos en que, al mismo tiempo que experimentamos las restricciones, podemos también aprovechar el retiro del mundo; **aprovechar la fuga mundi que Dios**, en sus misterios de la Providencia, nos pone hoy como una ocasión para seguir firmes en la fe y viviendo el mandato de la caridad en el marco de una cuarentena por la pandemia. Por eso bien haremos en conservar el rezo de las oraciones matutinas, el rezo del Ángelus, el Santo Rosario, la Misa seguida por los medios audiovisuales, la comunión espiritual frecuente, el tiempo de meditación y todo lo que hace a nuestro plan de vida espiritual.

Notemos que entre tantas propuestas que nos llegan por distintos medios para “matar el tiempo” en el encierro doméstico, muy pocas apuntan a mantener viva la unión con Dios por medio de la oración y la lectura[3]. Y a partir de allí, pensemos que es precisamente por éstas dos cosas que podemos ***ir al fin del mundo sin salir de una habitación.***

Algunos recordarán la atractiva novela ***EL despertar de la Señorita Prim***, escrita por Natalia Sanmartin Fenollera y publicada en 2013. Este libro -que también invitamos a leer o releer en estos días-, en uno de sus últimos capítulos, aparece un diálogo en donde el sabio monje benedictino de la abadía de San Ireneo de Arnois le dice a Prudencia Prim:

“-Ha venido usted aquí con el temor de que yo le dijese algo que la asombrase, la turbase o la agitase. ¿Qué clase de cortesía sería la mía si hubiese obrado así la primera vez que viene a verme y sin haberme pedido apenas consejo? No tenga miedo de mí, señorita Prim. Estaré aquí para usted. Estaré aquí esperando a que encuentre lo que busca y a que regrese dispuesta a contármelo. Y puede estar segura de que estaré con usted, sin salir de mi vieja celda, incluso mientras lo

busca."

–Se puede ir al fin de mundo sin salir de una habitación–, murmuró la bibliotecaria."

La vieja celda del *pater* -como es llamado este sabio monje en la novela-, es la habitación. "***¿Pero cómo es que un monje puede ir al fin del mundo sin salir de una habitación?***", podríamos preguntarnos con cierta inquietud. A nuestro entender, parte de las respuestas está en la oración, y otra parte en la lectura.

Por la oración:

Primeramente recordemos que la oración no es una propuesta más entre tantas para matar el tiempo, como lo es el hacer alguna manualidad, entretenerse con un juego de mesa, hacer yoga -cosa por cierto es incompatible con el cristiano católico-, etc.. La oración no es una propuesta, es un deber.

"El trabajo es una necesidad física: el que no trabaja, no come. La oración es una necesidad por obligación: el que no reza, no entrará en el Reino de los cielos. La oración es un deber, un oficio. Es el pago libre y voluntario de la deuda que tenemos con Dios por la existencia y por la gracia", decía John Senior:[\[4\]](#)

Del igual modo es bueno que consideremos que la oración está unida al silencio. Silencio exterior y silencio interior. Hoy en el mundo exterior -como hemos dicho al comienzo- hay cierto silencio, y estamos más liberados de la "tiranía del ruido" como dice el **Cardenal Robert Sarah**. El mismo prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos nos enseña en su libro *La fuerza del silencio*:

"El silencio cuesta, pero hace al hombre capaz de dejarse guiar por Dios. Del silencio nace el silencio. A través de Dios silencioso podemos acceder al silencio. Y el hombre no

*deja de sorprenderse de la luz que brilla entonces. El silencio es más que importante que cualquier otra obra humana. Porque manifiesta a Dios. **La verdadera revolución procede del silencio: nos conduce hacia Dios y hacia los demás para ponernos humilde y generosamente a su servicio**" (Pensamiento 68)*

Entonces, ¿cómo es eso de que por la oración podemos ir hasta el fin del mundo sin salir de una habitación?

Evagrio Póntico [\[5\]](#) decía que el verdadero monje, el auténtico contemplativo es aquél que, **"separado de todo, está unido a todos"**. Nosotros, hoy estamos separados de todos -o casi todos-, y podemos estar unidos a todos por medio de la oración dirigida al Dios Uno y Trino. Poniendo en el centro del corazón a Dios ponemos también en él al hermano sufriente por la enfermedad; nos unimos al médico o enfermero que está dando su asistencia en un hospital de Italia, España, Argentina o de cualquier parte del mundo; nos unimos al policía o soldado que está cumpliendo con su deber en las calles, al sacerdote o misionero que está celebrando el Santo Sacrificio en la soledad del templo o llevando su asistencia para la salud espiritual.

De este modo, definitivamente no hay lugar a dudas de que se puede ir hasta el fin del mundo sin salir de una habitación por medio de la oración dirigida a Dios y a María Santísima.

Por la lectura:

Algo más que puede hacer agradables y amenos estos días en los que estamos de "caseros" es la lectura.

Tomar en nuestras manos aquellos libros que no podemos leer -ya sea por el movimiento apresurado de los días laborales o por las agendas apretadas que se tienen cuando no se está en cuarentena-, tomar esos libros, decimos, es hoy una ocasión más que oportuna.

Quizá no sólo un libro, sino dos o tres, para leer en distintos momentos del día. Sea uno para la lectura espiritual y del Evangelio, que ayudará mucho a la oración, meditación y práctica de las virtudes; otro para la lectura formativa, **de carácter teológico, filosófico o histórico por ejemplo**, que ayudará mucho a tener una *forma mentis* clara y ordenada; y otro libro de lectura amena, como una novela, un libro de cuentos, un compendio de hermosas poesías..., que mucho ayudarán al sano esparcimiento, ordenando y deleitando los sentidos internos.

Pensemos en aquella *ociosidad sagrada* [\[6\]](#) que se puede cultivar en estos días de cuarentena. Esa ociosidad que no es sinónimo de pereza o vagancia, sino que, como dice Pieper ***“es una forma de callar, que es un presupuesto para la percepción de la realidad; sólo oye el que calla, y el que no calla no oye”*** [\[7\]](#). Es esa *forma de callar* la que nos ayudará a “oír” lo que nos dice un buen libro.

La contemplación de la verdad, el bien, y la belleza que encontramos en los buenos libros es sumamente valiosa en este siglo en el que la mentira, la malicia y la fealdad tratan de echar raíces en la mente y el corazón del hombre a través de las ideologías y las modas.

Retomando el diálogo que citábamos anteriormente del *Despertar de la señorita Prim*, el sabio monje benedictino le dijo a Prudencia:

“Busque entonces la belleza, señorita Prim. Búsquela en el silencio, búsquela en la calma, búsquela en medio de la noche y búsquela también en la aurora. Deténgase a cerrar las puertas mientras la busca, y no se sorprenda si descubre que ella no vive en los museos ni se esconde en los palacios. No se sorprenda si descubre finalmente que la belleza no es un qué sino un quién.”

Esta es la razón por la que interpretamos que a

partir de la lectura, la buena lectura, también se puede ir al fin del mundo sin salir de una habitación; porque **los buenos libros mueven a la reflexión**, favorecen la meditación, ayudan a pensar y nutrir la vida interior..., propician la mirada trascendente para no olvidarnos de mirar más arriba, atendiendo a las cosas que no se ven.

Demás está decir que algunos tendrán más tiempo y disposición que otros para llevar adelante el deber de la oración y la necesidad de la lectura en medio de la *ociosidad sagrada*. Habrá quienes conserven las mismas preocupaciones y labores de siempre, y habrá también quienes a este tiempo de Cuaresma en cuarentena podrán sacarle provecho para lo que hemos señalado.

Igualmente, damos por entendido, que todo lo dicho hasta aquí es bien llevado en familia o en soledad. Rezar y leer no es una invitación al aislamiento egoísta dentro de un cuarto. Como decía un Sacerdote que en estos días envió un audio a los amigos y allegados: "(...) estos días con toda la familia -o por lo menos buena parte-, encerrada en una casa, es una grandísima ocasión para la vida virtuosa. Se dice *vita comunis, máxima penitentia*, la vida en común es la máxima penitencia (...) y estos días serán días de practicar la caridad, la paciencia con el prójimo, sobre todo soportando sus defectos; días de generosidad en el trabajo cotidiano, de generosidad de las pequeñas tareas de la casa, de alegría y buen humor".

Son tiempos en los que la confianza en la Providencia debe estar muy presente en el corazón cristiano para afrontar la situación general y particular de cada uno, pues *a cada día le basta su aflicción*. **Son tiempos de conversión en los que debemos pedir que nuestro corazón de piedra se haga un corazón de carne.**

Será de gran ayuda el pedirle a Dios vivir con sencillez cada jornada, como poéticamente lo pide José María

Pemán en su ***Elogio de la vida sencilla:***

*«Vida serena y sencilla,
yo quiero abrazarme a ti,
que eres la sola semilla
que nos da flores aquí.*

*Conciencia tranquila y sana
es el tesoro que quiero;
nada pido y nada espero
para el día de mañana.*

(...)

*y al nacer cada mañana
tan sólo le pido a Dios
casa limpia en que albergar,
pan tierno para comer,
un libro para leer
y un Cristo para rezar.”*

En fin. Que a pesar las contrariedades del momento que transitamos, no nos privemos de la apertura a lo sacro y a la sabiduría por medio de la oración y la lectura.

Cada uno según sea el lugar en el que Dios lo puso en este momento, sabrá de qué modo puede “ir hasta el fin del mundo sin salir de una habitación”.

Que la Virgen Santísima, refugio de los pecadores,

nos asista y proteja no sólo de ese nuevo “enemigo invisible” del Coronavirus, sino sobre todo del aquel *antiguo enemigo invisible*, y así lleguemos a vivir una Semana Santa con vivos actos de fe, esperanza y caridad.

Y como de vida monástica comenzamos hablando, con el profundo saludo monástico nos despedimos.

iMemento mori! [\[8\]](#)

Este artículo se publicó por primera vez en el blog quenotelocuenten.org

[\[1\]](#) “La Cruz permanece firme mientras el mundo da vueltas”, lema de la Orden de los Cartujos.

[\[2\]](#) “Vigilantes de la noche... la vida de los monjes benedictinos”: <https://www.youtube.com/watch?v=FzyrE8x-wy8>

[\[3\]](#) Vemos que todos nos encontramos bajo el cumplimiento del insistente mandato social “Quédate en casa”. Se trata de cuidar y promover la conciencia social. ¿Y dónde está el examen de conciencia particular pensando en el decálogo?... Varios están vigilantes para ver novedades por redes sociales y armar reuniones virtuales. ¿Y dónde está esa pronta disposición para reservar un tiempo para al diálogo íntimo y silencioso con Dios?... No pocos están sacando provecho a este tiempo para limpiar y ordenar la casa. ¿Y dónde está el trabajo por poner orden y limpieza en el *castillo interior* - como gustaba llamar al alma Santa Teresa-?... Aparecen decenas de tutoriales de rutinas de ejercicio en casa, para seguir “en forma” y cuidar la silueta corporal. ¿Y la *forma mentis*? ¿Dónde está la rutina para la lectura formativa, espiritual y recreativa?... ¿En vez de agarrar un libro para leer, pagamos la cuenta de Netflix y nos trasnochamos viendo series y películas?. Ciertamente, en sí, no hay nada de malo en todo esto si es llevado con el debido orden. Lo malo es que una

cosa quite la otra, es decir, que lo verdaderamente importante quede relegado y olvidado.

[4] Senior, John, *La restauración de la cultura cristiana*, Vórtice (2016), p. 93

[5] También conocido como Evagrio el Monje. Fue un monje y asceta cristiano del siglo IV, muy conocido por sus cualidades de pensador, escritor y orador.

[6] En el blog “De libros, padres e hijos”, Don Miguel Sanmartín Fenollera tiene publicada una nota de gran valor y precisión al hablar de este tema. Sumamente recomendable leer, como todas las demás publicaciones de su blog: <https://delibrospadresehijos.blogspot.com/2018/09/de-la-ociosidad-sagrada.html>

[7] Pieper Josef, *El ocio y la vida intelectual*, Rialp (1974), p.45.

[8] Conmovedor saludo de los hijos de San Bruno, que resulta ser un recuerdo sobre la futilidad de la vida humana. La traducción al castellano es “Recuerda que morirás”